

VI Concurso de relatos
FICCIÓN Y CIENCIA

RELATO GANADOR

El embrague de la catedral

José Miguel García Navarro



UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

© José Miguel García Navarro
© Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga
Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez
Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque
Diseño y maquetación: Aurora Álvarez Narváez
Colección: Ficción y Ciencia

VI Concurso de relatos

FICCIÓN Y CIENCIA

El embrague de la catedral

José Miguel García Navarro

**Universidad de Málaga
2017**

El embrague de la catedral

José Miguel García Navarro

Javier entró a la sala de juntas mascando chicle, con un maletín en la mano derecha, como de costumbre. Saludó con una sonrisa a Ernesto, que había llegado diez minutos antes.

—Buenos días, Ernesto —dijo Javier, bastante espabilado para ser las ocho de la mañana.

Se sentaron en una alargada mesa ovalada, uno al lado del otro. Javier, catedrático del Departamento de Química Analítica de la Universidad de Málaga, estaba al mando de un grupo de investigadores, de los que Ernesto formaba parte. El departamento llevaba un mes estudiando la composición de los materiales de la Catedral de Málaga, gracias a un equipo tecnológico de última generación.

—Dime, ¿qué eso tan importante que habéis descubierto y que no podía esperar a la hora del almuerzo? —preguntó Javier.

—No sé si descubrir es la palabra apropiada. Ayer, Carmen y yo, vimos algo raro en el espectrómetro.

—¿Algo raro? ¿En el laboratorio? —indagó Javier, torciendo la cabeza, sin dejar de mascar.

—Sí, en el espectrómetro. Obtuvimos unos valores inverosímiles.

—Carmen y tú estáis estudiando la torre norte, ¿no?

—Sí.

—Cuéntame, ¿cómo de inverosímiles eran las señales? ¿Hay alguna posibilidad de que haya habido un error? ¿De que el aparato esté defectuoso?

—No, el espectrómetro funciona bien. Estábamos analizado una zona de la cara interior de la torre, y los valores estaban siendo normales. Sin embargo, al llegar a un punto en concreto, el espectrómetro se volvió loco. No había visto cosa igual. Repetimos las pruebas varias veces, y nada. Al pasar el láser por esa zona, la señal se disparó. Así que te llamé.

Javier se rascó la coronilla con un dedo, mirando al infinito a través de la mesa.

—Vale. Hiciste lo correcto. ¿Qué región era la que os dio problemas?

—Una muy específica. Aproximadamente en el centro de la pared orientada al norte. Unos cuarenta centímetros cuadrados de piedra. Diría que se trata de una piedra en concreto, pero no lo puedo asegurar desde aquí.

—Bueno, está bien. Habrá que cerciorarse de que los equipos de medida están funcionando correctamente. A lo mejor el láser...

—Javier chasqueó la lengua—. No, el láser no puede ser. De todas formas tendréis que ir Carmen y tú a la catedral a revisar el equipo in situ. Llamadme si averiguáis algo.

Ernesto acercó la escalera de mano a la pared.

—¿Seguro que quieres subirte tú? —le preguntó a Carmen.

—Sí. Tú sujétala por si pierdo el equilibrio.

El sector de la fachada interior que se disponían a comprobar estaba situado a casi tres metros de altura. Carmen subió varios peldaños y alargó los brazos. Palpó una piedra en concreto.

—¿Ves algo raro?

—No. Conecta el equipo, a ver.

Ernesto soltó un momento la escalera. Enchufó el láser y lo acopló al espectrómetro. Con cuidado, le facilitó una sonda a Carmen, que inició un barrido a la fachada.

—¡Justo ahí! —exclamó Ernesto, con un ojo puesto en el monitor—. La señal se ha ido. Repítelo otra vez.

Carmen cercó un perímetro y se concentró en una sola piedra.

—Es esta piedra. ¿Ves algo? —dijo Carmen.

—Ahora no. La señal es norm... Espera, otra vez. Vuelve a hacer lo mismo. No lo entiendo. ¿Estás con la misma piedra todo el rato?

—Sí. Es como... Es una región determinada de la roca. Justo en el centro de esta piedra. Unos pocos centímetros cuadrados. Sin embargo, a simple vista, no se ve ninguna diferencia con el resto.

—No puede ser. Haz la última prueba, a ver.

Carmen repitió el proceso, con el mismo resultado.

—Toma, coge la sonda. Voy palpar con las manos.

Ernesto dejó los cables a un lado y volvió a sujetar la escalera.

—Ten cuidado, no te caigas.

Carmen examinaba la piedra, cautelosa. Primero acarició la

superficie rugosa y, después, hizo presión con las palmas. Al apretar en el centro, una parte se deslizó hacia dentro.

—¿Has visto eso, Ernesto? ¡El centro de la piedra se ha movido! Ha quedado un pequeño hueco en medio de la piedra.

—¿En serio? No distingo bien desde aquí abajo.

Carmen subió un peldaño más y estiró el cuello. Se asomó por la minúscula oquedad. Un pequeño cuadrado, de cinco centímetros de lado, se había incrustado diez centímetros en la piedra.

—No veo nada. Pásame la linterna, por favor.

Carmen alumbró al hueco. Vio algo.

—Ernesto, esto es... No puede ser. Es una especie de interruptor. Una palanca, más bien.

—¿Palanca?

—Sí, un gancho pequeño. Parece de metal. Es de metal. Pásame otra vez la sonda.

Ernesto dejó la escalera para coger de nuevo el equipo. Carmen apuntó directamente al trozo de metal.

—¿Y bien?

—Es eso —aseguró Ernesto—. Ese metal es el que nos ha estado fastidiando las medidas.

—Pero no tiene sentido. Aunque no sea una piedra, la señal debería dar un valor concreto. Voy a ver si puedo cogerlo.

—No, Carmen. No lo toques. Podemos meternos en un lío. Dejémoslo y se lo comentaremos a Javier.

—Solo un intento...

Carmen cogió el pequeño interruptor entre sus dedos índice y pulgar y, sutilmente, trató de moverlo. Se oyó un tenue ‘clic’ y, a continuación, un haz de luz de color anaranjado inyectó la oscuridad. Fue directo a los ojos de Carmen.

—¡Aghgggggh! —gritó Carmen, llevándose las manos a la cara.

La escalera se tambaleó y Carmen perdió el equilibrio. Ernesto amortiguó el impacto con sus brazos, cayendo ambos al suelo.

—¿Estás seguro de lo que me cuentas? —preguntó Javier a Ernesto, en la sala de espera del hospital—. Un pulsador en la piedra, una palanca de metal, una luz naranja... Suena a ciencia ficción.

—Lo sé, Javier. Estoy consternado, pero es cierto. Yo estaba allí con ella.

—Sin embargo, es... imposible. Lo sabes, ¿verdad? O, cuanto menos, muy improbable. ¿Cómo diantres llegó eso allí dentro? Mira, Ernesto, no es que dude de vosotros, pero he pedido a Irene y Marcos que le echen un vistazo. Están ahora mismo analizando la torre norte. Me llamarán de un momento a otro.

Javier se marchó del hospital. Minutos después el doctor García se asomó a la sala y preguntó.

—¿Familiares o amigos de Carmen Santillana?

Ernesto entró a la habitación de Carmen. Estaba tumbada en la cama, con la almohada doblada para mantener la cabeza algo elevada. Cuando entró su compañero, le miró inexpresiva.

—He hablado con el médico. Me ha dicho que estás bien, tus ojos están perfectamente. Parece que esa luz era inocua. Menos mal que ha quedado en un susto. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió ella—. Fue eso, sí. Un susto. Creí que me quedaría ciega, o algo así.

—¿Notaste algo? Quiero decir, ¿te dolió?

—No, dolor no. Sentí colmo si aquella luz atravesase mis ojos y penetrase en mi cabeza. Algo desagradable. Fue todo instantáneo. Y luego perdí el conocimiento. Por cierto, ¿qué te ha dicho Javier?

Sonó el teléfono de Ernesto. Habló dos minutos y colgó.

—Hablando del rey de Roma... Irene y Marcos han analizado la piedra. No han visto nada, y la señal del espectrómetro es normal. Javier quiere que comencemos con el ábside.

Carmen miró fijamente a Ernesto, compungida.

—¡No puede ser! Habrán medido otra zona diferente.

—No. Javier me ha dicho que han estudiado a fondo toda la torre norte. No han encontrado ninguna hendidura. Nada. El diagnóstico es normal.

—¿Qué está pasando, Ernesto? Tú lo viste. Viste esa luz naranja. Y lo de la palanca... Tú me crees, ¿no?

—Sí, por supuesto. No te agobies. Seguro que hay una explicación lógica. Ahora procura descansar.

Carmen giró la cabeza hacia un lado y resopló consternada.

—Toma —dijo Ernesto—, te he traído un libro, para que te entretengas. Tendrás que pasar esta noche en el hospital. Mañana por la mañana te dan el alta. Yo mismo vendré a buscarte en coche.

Carmen esbozó una sonrisa y miró el libro.

—Anna Karenina. ¿No tenías ninguna revista del corazón, o algo así?

Ernesto sonrió. Se despidió y salió de la habitación.

A la mañana siguiente, el médico quiso conversar con Ernesto antes de llevarse a Carmen del hospital.

—¿Su amiga no tiene familiares? Solo ha venido usted a visitarla.

—Los tiene muy lejos. Y son mayores. Carmen no les ha dicho nada para no preocuparles. Al fin y al cabo no ha pasado nada grave.

El doctor se quedó en silencio unos segundos. Torció la boca haciendo una mueca e inspiró profundamente antes de hablar.

—Nada grave, así es. Sin embargo... Verá, aquí no tenemos el historial médico de Carmen. Y tampoco podemos preguntar a su familia.

—¿Preguntar qué, doctor? ¿Ha pasado algo esta noche?

—Sí y no. Esta mañana he pasado a verla. Estaba de pie, mirando por la ventana. Me ha saludado por mi nombre de pila, algo raro, pues poca gente lo conoce. Todo el personal del hospital me llama por mi apellido. Pero no es eso. Me fijé en el libro. Anna Karenina. Lo tenía sobre la cama. Le di los buenos días y

le pregunté si había leído algo, solo por educación.

—Sí, yo se lo regalé anoche.

El doctor arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Anoche? ¿Quiere decir que es cierto que lo empezó anoche?

—Sí —Ernesto encogió los hombros.

Carmen ya estaba preparada para marcharse cuando Ernesto entró en la habitación.

—¡Buenos días! —saludó ella, eufórica.

—Buenos días. Vaya, veo que te has levantado con mejor humor.

¿Qué tal has pasado la noche?

—Bien, he dormido de un tirón. ¿Nos vamos ya?

—Sí, enseguida. Oye, he hablado con el médico. ¿Es verdad lo que me ha dicho? Lo del libro...

—¿Qué te ha contado?

—Que le dijiste que lo empezaste a leer anoche, y que a los diez minutos lo dejaste para dormir. Y que lo terminaste.

—Sí, es verdad —sentenció Carmen—. ¿Le ha dado importancia a eso?

—Carmen, ¿en serio has leído más de mil páginas en diez minutos? ¡Por favor! —Ernesto rio tímidamente—. El doctor ha pensado que estarías conmocionada. Eso, o que eres una superdotada. Y la primera opción quedó descartada en las pruebas que te hicieron ayer. ¡Me ha preguntado si sabía tu cociente intelectual!

—Vaya, pues... Que yo sepa no soy ningún cerebritito. ¿Podemos irnos ya?

—Sí, pero escucha. Quieren hacerte algunas pruebas. Mañana por la tarde. Van a pedir tu historial médico. Solo si tú quieres, es totalmente voluntario. Por el amor de Dios, ¿cómo sabías el nombre de pila del médico?

Carmen enmudeció unos instantes.

—No lo sé. Creo que lo adiviné. Me vino a la mente.

Carmen cogió Anna Karenina y se lo dio a Ernesto.

—Por si tenías alguna duda. Escoge una página cualquiera.

—Qué estupidez...

—Por favor.

—Está bien. La setecientos cuarenta y cuatro.

Ernesto abrió el libro por esa página. En menos de dos minutos, Carmen terminó de recitarla de memoria. Había memorizado todo el libro. En diez minutos. Ambos quedaron igualmente estupefactos. Asustados.

—Vale, me haré esas pruebas.

Iban de camino al coche de Ernesto cuando Carmen se lo pidió

—Ernesto, todo esto me está dando miedo. ¿Te importa pasar la noche en mi casa?

—Claro, no hay problema.

Tras la cena, veían la tele sentados en el sofá donde Ernesto dormiría esa noche. Ninguno prestaba atención a la película,

se evadían constantemente del argumento. Ernesto consideró la posibilidad de abrazar a Carmen en aquel momento. La veía frágil y desamparada. No, quizá malinterpretara el gesto. Pensó. Poco antes de la medianoche se acostaron.

—¿Mañana analizamos el ábside? —preguntó Carmen.

—Así es. ¿A qué hora sueles levantarte?

—A las siete. Me gusta desayunar con calma.

—De acuerdo, a las siete entonces. Buenas noches.

Ernesto cerró la puerta del salón. Carmen dormiría en el dormitorio contiguo, pared con pared. Ella dejó la puerta entornada, le desagradaba la condensación que se formaba por las mañanas en su habitación.

Un ruido despertó a Ernesto. Su reloj marcaba las cuatro y media de la madrugada. Provenía del dormitorio. Golpes en la pared, después el sonido de una puerta corredera, quizá la de un armario. Y a Carmen. Pegó la oreja a la pared y trató de escuchar. No conseguía discernir lo que decía su compañera. Preocupado, salió cautelosamente al pasillo y se asomó a la habitación por el hueco que quedaba entre la puerta y el marco de esta.

—Tuluám enginaci opsé. Am opsé, blamru.

Carmen pronunciaba palabras ininteligibles. Había abierto el armario y se estaba calzando. Parecía sonámbula. Ernesto empujó la puerta y encendió la luz.

—¿Carmen?

—Bluuuamm —contestó.

Pasó al lado de Ernesto. Sus ojos brillaban de modo diferente, como si fuera otra persona. Salió y caminó directa a la puerta de entrada, sin titubear.

—¡Carmen! ¿A dónde vas? ¡Quieta!

Ernesto agarró por el brazo a su amiga, en el rellano. La zarandó hasta despertarla. Parpadeó varias veces y miró a Ernesto.

—¿Qué... qué ha pasado?

A la mañana siguiente Ernesto fue solo a la Facultad de Química. Aconsejó a Carmen que se quedase en casa a descansar, y eso hizo. Irene y Marcos estaban en el laboratorio.

—Buenos días, Ernesto —saludó Irene—, ¿cómo está Carmen? ¿Se ha quedado en casa?

Marcos también saludó.

—Sí, ha preferido descansar. Creo que es lo mejor. Las últimas horas han sido muy estresantes para ella.

—Se recuperará, seguro —animó Marcos.

Ernesto se sentó frente a un monitor y comenzó a trabajar.

—Javier nos ha dicho que vais a empezar con el ábside —comentó Irene.

—Sí... ¿La torre norte ya está completa?

Irene asintió.

—Aunque Javier nos ha pedido que mantengamos el espectrómetro encendido con el láser apuntando a la piedra que tocó Carmen. El monitor es ese de allí, el número dos —dijo

Marcos señalando una pantalla al fondo del laboratorio—. Si la señal cambia hemos de llamarle inmediatamente.

—Bien, muy bien —afirmó Ernesto—, mirando hacia el monitor, cuya señal oscilaba constante, transmitiendo con normalidad.

Al mediodía Ernesto telefoneó a Carmen para interesarse por su estado de salud.

—¿Qué tal la mañana? ¿Estás mejor?

—Bien. He llamado a mi madre y le he preguntado si recuerda algún episodio de sonambulismo en mi infancia. Me ha dicho que no.

—Bueno, no te obsesiones. No creo que haya que preocuparse por eso. Estabas traumatizada. Es normal, supongo.

—Hay... Hay algo más —Carmen mantuvo el suspense unos segundos.

—¿Algo más de qué, Carmen?

—Ven a casa, por favor. Quiero enseñarte algo.

—Claro. Voy para allá.

Carmen abrió la puerta a Ernesto.

—¿Has comido? —consultó ella.

—Sí, un bocadillo en la cafetería de la facultad. Dime, ¿qué es eso que ibas a contarme?

Ernesto siguió a Carmen hasta el salón. Ella le pidió que se sentase en el sofá, después abrió un cajón y sacó un cubo de

Rubik.

—¿Y eso?

—Es un cubo de Rubik. No sé por qué, esta mañana me dio por intentar resolverlo. Nunca antes lo había conseguido.

—Y lo acabaste... —dedujo Ernesto.

—En menos de veinte segundos. Y con los ojos cerrados.

Su amigo palideció.

—Y soy capaz de leer cualquier libro en cinco minutos. Lo que tardo en pasar las páginas una por una. Y noto mi mente mucho más despierta y lúcida.

—¿A qué te refieres?

—Me senté en ese escritorio con un papel en blanco y bolígrafo. Hice un experimento. Escribí dos números, uno debajo del otro. Cada uno de diez cifras. Luego de veinte. Y luego de treinta. Y los multipliqué.

—Multiplicaste dos números de varias cifras, ¿y?

—¡Mentalmente, Ernesto! ¡Mentalmente! Y al instante. Lo comprobé con la calculadora.

—Madre mía... —Ernesto estaba perplejo—. ¿Nunca antes lo habías hecho?

—No. Y aún hay más. Algo inquietante. Más tarde fui a poner la lavadora y no recordaba el programa. Ni siquiera sabía dónde echar el detergente. Tuve que leer las instrucciones. ¡No sé qué me pasa!

Se puso a llorar. Ernesto la abrazó para consolarla.

—Tranquila. En una hora vamos al hospital a que te hagan esas pruebas. Hallaremos una respuesta a todo esto.

El historial médico de Carmen no proporcionó ningún dato revelador. Nada fuera de lo normal. En una sala del pabellón de psiquiatría del hospital, Carmen comenzó a realizar varias pruebas. Algunos test de inteligencia, de personalidad y, por último, un escáner cerebral. Una hora después, el doctor García les emplazó en su consulta.

—Los resultados de los test los tengo aquí mismo. El del escáner he pedido que me lo entreguen con urgencia. Van a intentar facilitármelo lo antes posible.

—¿Qué hay de los test, doctor? —se interesó Carmen.

—No te voy a mentir. En menos de una hora has respondido correctamente a todas las preguntas de los test de inteligencia. Nunca nadie había obtenido ese resultado, y menos aún en un tiempo récord.

Ernesto miró de reojo a Carmen, quien le cogió con fuerza la mano y se la estrujó.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Ernesto.

—Ni bueno ni malo. Lo que me inquieta es que su cociente intelectual haya aumentado tanto en veinticuatro horas. Es, desde el punto de vista médico, imposible.

—Ya... —musitó el amigo.

Alguien llamó a la puerta. El doctor invitó a entrar a una enfermera que traía los resultados de la resonancia. El médico los observaba cabizbajo mientras se acariciaba la barbilla lampiña. Levantó la mirada y clavó sus ojos en los de Carmen. Parecía aterrado.

—¿Ha visto algo raro, doctor? Dígame la verdad —solicitó ella.

—De momento no hay motivos para alarmarse —el médico no podía disimular sus nervios—. Mañana a primera hora voy a telefonar a un colega de Houston, especialista en casos como el tuyo.

—¿Casos como el mío? ¿Es que estoy enferma? ¿A Houston no es donde va toda la gente que no puede curarse aquí?

—No, no. Calma, calma. Le voy a pedir un favor. Sé que tenía que venir a la ciudad, a un congreso. Si a ti te parece bien, claro. Solo quiero llegar al fondo de este asunto.

Carmen miró a Ernesto, quien asintió lentamente, dando la razón al médico.

—Vale. De acuerdo —dijo ella.

Ernesto volvió a dormir aquella noche en casa de Carmen. Dieron un paseo bajo la lluvia después de cenar y, al llegar a casa, se fueron a la cama, exhaustos.

De nuevo a las cuatro y media, Ernesto dio un respingo. Se repetían los mismos ruidos en el dormitorio. Ernesto salió del salón y se asomó a la habitación. Esta vez Carmen no se calzaba, se descalzaba. Sus botas y su abrigo estaban mojados. Venía de

la calle.

—¿Otra vez sonámbula? No recuerdo nada.

—Claro, porque estabas dormida. Pero saliste a la calle. Volviste empapada.

—Creo que también debí de golpearme la cabeza. Me duele y me ha salido un chichón.

El teléfono de Ernesto comenzó a sonar. Era Javier.

—Vamos al laboratorio. Javier nos quiere enseñar algo.

Carmen cerró la puerta y guardó las llaves en el bolsillo derecho de su abrigo. De él sacó un objeto. Se quedó mirándolo.

—Parece que has visto un fantasma. ¿Qué pasa?

—Esto... Esta es la palanca que vi en la catedral. ¿Qué está haciendo en mi abrigo?

Carmen y Ernesto llegaron a las nueve al laboratorio. Javier hablaba con Marcos e Irene. Se saludaron los cinco.

—Anoche el espectrómetro volvió a dar error —aclaró Javier.

—¿En la torre? —preguntó Ernesto.

—En la torre, sí. Y en la misma piedra. Ha quedado registrado en el programa. Ocurrió a las tres y cincuenta y cinco de la madrugada.

Carmen miró a Ernesto, quien, al igual que ella, ya había deducido a dónde había ido su compañera esa noche. Y cómo había llegado el interruptor de metal a su bolsillo. Sin embargo esto último obviaron mencionarlo. Al menos de momento.

—Voy a mi despacho —dijo Javier—. Si hay alguna novedad, avisadme.

La tercera noche en casa de Carmen fue más tranquila. O, al menos, ningún ruido despertó a Ernesto.

—Le he dicho a Javier que voy a acompañarte al hospital otra vez.

—Vale, te lo agradezco mucho. Me duele la cabeza bastante. El chichón se ha hecho más grande. ¿Cómo se llama eso que se toma para las jaquecas?

—¿Aspirina? —respondió Ernesto, sonriendo.

—¡Eso!

Ernesto aguardó en la sala de espera durante el tiempo en que a Carmen le hacían más pruebas. En una sala fría y estéril del hospital, el médico de Carmen le presentaba a su colega de Houston.

—Este es el doctor Suárez. Serán solo unas preguntas. Mientras tanto yo permaneceré en la sala con vosotros.

Carmen se acostó en una camilla, con un cojín bajo la cabeza y las manos sobre el vientre. El doctor Suárez comenzó el test.

—Hola, Carmen. Me han contado que trabajas para la universidad. Es muy interesante. Tengo un hijo que también es químico.

Carmen asintió, un poco nerviosa.

—Bueno, Carmen. Te voy a hacer unas preguntas. Son muy sencillas. Ya verás como terminamos enseguida. ¿Preparada?

—Sí.

—Dime, ¿cuál es el resultado de multiplicar trescientos ochenta y siete por novecientos setenta y tres?

—Trescientos setenta y seis mil quinientos cincuenta y uno —respondió al momento.

—Bien. ¿Sabes a qué distancia está la Tierra de la Luna?

—A trescientos ochenta y cuatro mil cuatrocientos kilómetros.

—¿Podrías expresarlo en millas?

—Sí. Son doscientas treinta y ocho mil ochocientas cincuenta y cinco con ochenta y seis millas.

Ambos doctores se miraban de reojo.

—Lo estás haciendo muy bien, Carmen. ¿Sabes cómo me llamo?

—¿Usted? Sí, Juan Carlos Suárez Rincón.

El doctor García se acercó al doctor Suárez y le susurró al oído.

—¿Cómo puede saber tu nombre?

—No lo sé. Quizá lo haya buscado en internet.

—Siguiente pregunta, Carmen —continuó Suárez—. Si una persona nació el tres de noviembre de mil novecientos ochenta...

—Nació un miércoles —interrumpió la chica.

Suárez se giró hacia García.

—¿Qué ocurre? —dijo éste.

—Le iba a preguntar por el tres de noviembre de mil novecientos ochenta y dos. Que, efectivamente, cayó en miércoles. Sin

embargo...

—Sin embargo no te ha dejado formular la pregunta entera. ¿Cómo sabía que se trataba de ese año? Es increíble.

—Me está leyendo el pensamiento —dedujo Suárez.

—Carmen, ahora voy a pensar en algo. ¿Eres capaz de decirme en qué estoy pensando?

Carmen cerró los ojos.

—En un conejo rosa.

Suárez miró a su colega y asintió, maravillado.

—Ya queda poco, Carmen. Dime una cosa, ¿sabes cuál es el mejor amigo del hombre?

Carmen entrecerró los ojos, pensativa. Hizo una mueca.

—No entiendo la pregunta.

—Vale. Te daré a elegir entre tres opciones, y tú me dices de entre ellas cuál crees que es el mejor amigo del hombre. ¿De acuerdo?

—Vale.

—¿Cuál es el mejor amigo del hombre? Opción uno, el dinero. Opción dos, el perro. Y opción tres, el amor.

Carmen dudó.

—¿El amor?

—Última pregunta. Me ha contado tu médico que hace unos días ingresaste a raíz de un incidente en tu trabajo. Algo relacionado con una luz anaranjada. ¿Sabrías decirme qué era esa luz y por

qué brotó de entre las piedras de la catedral?

—No. No lo sé.

—Muy bien, Carmen. Hemos terminado. Puedes levantarte.

—¿Qué tal ha ido, doctor? —preguntó Carmen al doctor Suárez.

—Bien, no te preocupes. Le pasaré mi diagnóstico a tu médico.

Una vez hubo salido Carmen de la sala, los dos médicos hablaron entre ellos.

—Juan Carlos, dime. ¿Qué opinas? ¿Habías visto algo así alguna vez?

—Sí, en numerosas ocasiones. Estoy casi seguro de que es un caso de doble personalidad. Una de esas personalidades presenta un cociente intelectual muy elevado. Posiblemente ha estado incubándose durante mucho tiempo y ha aflorado ahora, con el episodio de la catedral.

—¿Y qué me dices de su escáner cerebral? Esas extrañas formas...

—Anomalía genética, probablemente. Querido amigo, nadie podría sobrevivir con un cerebro así. Yo me centraría en su evaluación psiquiátrica.

—Muy bien. Hablaré con ella. Te agradezco la ayuda, Juan Carlos.

La luz del alba que penetraba por la ventana del salón despertó a Ernesto. Aún no eran las siete. Se desperezó y se levantó. Fue a la cocina a desayunar algo, cuando vio que la puerta del dormitorio de Carmen estaba abierta. Ella no estaba allí. Ha vuelto a salir, pensó. Bajó raudo las escaleras hasta el portal y corrió hasta donde tenía estacionado su coche. Condujo media hora y dejó el vehículo en un parking subterráneo del centro. Después corrió un par de minutos más hasta la catedral, con la esperanza de encontrarla allí.

Enseñó su acreditación y subió a la torre. Vislumbró su silueta, de pie, como un fantasma, mirando la pared. Ernesto, convencido de que estaba dormida, intentó despertarla.

—Carmen, ¡Carmen! —le agarró un hombro, por detrás.

Carmen, o lo que quedaba de ella, se giró. Ernesto retrocedió un paso, aterrado.

—Carmen, ¿qué te ha pasado?

Los ojos de Carmen habían aumentado de tamaño, y eran completamente negros. Su nariz había desaparecido y, en su lugar, solo se percibían dos orificios. Su cráneo también era más grande. Mucho más grande.

—Ayúdame, Ernesto... Ayúdame. Creo que me estoy convirtiendo en algo.

Fueron las últimas palabras de Carmen, como humana. Ante los ojos de su amigo, el cuerpo de Carmen sufrió la metamorfosis definitiva. En cuestión de segundos, se le cayó todo el pelo,

hasta quedarse calva. Su piel se tornó grisácea. Se le cayeron los dedos meñiques, que cicatrizaron al momento. El resto de dedos se hicieron cinco centímetros más largos. También creció de estatura, rasgando y rompiendo la ropa que llevaba puesta. Ahora Carmen medía más de dos metros.

Pero aquella ya no era Carmen. Ernesto tenía delante a un ser de otro mundo.

—¡Laghh! —gritó el extraterrestre a Ernesto, que se encontraba en estado de shock.

—¡Laghh, umbita! ¡Laghh!

—¡No te entiendo! —bramó Ernesto — ¿Qué le has hecho a Carmen?

El alien le habló telepáticamente. Ernesto recibió el mensaje en su mente, como si fuera un pensamiento implantado.

«Vete. Sal de aquí. Vete».

En ese instante, la piedra de la fachada volvió a resplandecer, la misma luz naranja. El ser alargó su brazo y manipuló la roca. La torre comenzó a temblar. Y la catedral.

—¡Laghh! —repitió.

Parecía un terremoto. Toda la catedral se agitaba. Ernesto bajó corriendo, mientras gritaba.

—¡Que salga todo el mundo! ¡Salid de aquí! ¡Corred!

Algunas personas ya habían salido a la calle al notar los temblores. El resto escapó segundos después. El último fue Ernesto.

Centenares de personas fueron testigos. La catedral se movía. Una potente luz naranja asomaba por las ventanas. Las aceras temblaron en un radio de varios kilómetros cuadrados, agrietándose. Y, al final, el zumbido. Un ruido ensordecedor.

—¡Mirad, se está levantando! —exclamó alguien.

La Catedral de Málaga emergió, dejando un enorme agujero en el suelo. Continuó elevándose verticalmente, hasta unos mil metros de altura. Se detuvo un momento, el tiempo que necesitó el extraterrestre para conectar el piloto automático. La nave surcó entonces el cielo a una velocidad endiablada, desapareciendo casi al instante.

El móvil de Ernesto sonó. Boquiabierto, y sin despegar la mirada del cielo, lo sacó del bolsillo y descolgó.

—¿Di...ga?

—Ernesto, soy Javier. Oye, acabo de llegar al laboratorio. No se ve nada en ningún monitor. ¿Podrías pasarte por la catedral a echar un vistazo? Seguro que algún gracioso ha desenchufado algo.

FIN

umaeditorial 

